



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



El crecimiento sin restricciones: ¿un reto para la educación?

AQUILINO POLAINO LORENTE

*Catedrático de Psicopatología. Facultad de Medicina.
Universidad CEU-San Pablo de Madrid.*

SUMARIO

1.- El crecimiento irrestricto de la persona: ¿una utopía? 2.- Fundamentos antropológicos del crecimiento irrestricto. 3.- La educación como crecimiento personal. 4.- La exigencia del crecimiento irrestricto y la equidad entre generaciones. 5.- Donación, autorrealización y heterorrealización.

1. EL CRECIMIENTO IRRESTRICTO DE LA PERSONA: ¿UNA UTOPIA?

Lo que se postula en el crecimiento irrestricto de la persona, como hipótesis de trabajo, es que mediante la educación la persona puede crecer de forma ilimitada; es decir, que no se pueden establecer *a priori* un límite a la actualización de las potencialidades cognoscitivas de los alumnos.¹ El crecimiento humano no es previsible ni puede

¹ Como Leonardo Polo escribe, "quizá la mejor definición de la educación sea la que dio uno de los grandes pedagogos españoles, Tomás Alvira: *Educar es ayudar a*

calcularse, por la sencilla razón de consistir en un crecimiento que no está confinado. En este sentido, la educación como tarea debiera entenderse como el conjunto de acciones que ayudan precisamente a ese crecimiento del otro, sin restricciones. Ahora bien, ¿contribuye a sostener esta hipótesis de partida los resultados de la educación de que hoy disponemos.

El reciente informe PISA de la OCDE puede resultar aquí muy ilustrativo, puesto que permite seguir cada tres años la evolución de los resultados internacionales obtenidos por la población escolarizada. El último informe PISA se refiere a los datos del 2009 y ha estudiado una muestra de 25.887 estudiantes españoles de 15 años de edad, en comparación con los alumnos de otros países europeos, asiáticos y latinoamericanos, en lo relativo a la adquisición de ciertas competencias básicas. Los datos son desde luego desalentadores: durante la última década nuestros estudiantes están por debajo de la media de los países desarrollados.

Más en concreto, la puntuación obtenida en *capacidad lectora* por los alumnos españoles, al finalizar Secundaria, es de 481, cuando la media de la OCDE es de 492 (la puntuación obtenida en 2006 fue de 461; en 2003, de 481; y en 2000, de 493). La calificación española en *matemáticas* es de 483, frente a la media internacional de 496. Subimos tres puntos respecto a 2006 (480), pero seguimos por debajo de los 485 puntos de 2003. En *ciencias*, los alumnos obtienen un 488, la misma puntuación de 2006, aunque 13 puntos por debajo de la media internacional (501). En *lectura y competencia comprensiva* (capacidad para obtener información, interpretarla y relacionarla con la experien-

crecer. (...) El ser humano es capaz de crecer. El hombre es un ser vivo a quien hay que ayudarle a crecer, porque en otro caso su crecimiento sería mucho menor del que sería susceptible si no se le ofrece ayuda" (Leonardo Polo. Ayudar a crecer. Cuestiones filosóficas de la educación. Pamplona. Eunsa, 2007, p. 41).

cia y el entorno), los resultados son muy bajos (473), lo que sitúa al 20% de ellos en un nivel de manifiesta insuficiencia. Las chicas siempre superan a los chicos en lectura, ocurriendo lo contrario en matemáticas.

Por encima, aunque próximos a nosotros, se encuentran Portugal, Italia, Grecia y Eslovenia; por debajo, la República Checa, Eslovaquia, Luxemburgo y Austria, además de Chile y México. El peso negativo de los datos obtenidos en *comprensión lectora* por el alumnado inmigrante es obvio. Mientras los estudiantes nativos (españoles) obtienen una puntuación de 488 (más próxima a la media de la OCDE), los inmigrantes se quedan en 430. El informe constata que el alumnado inmigrante ha pasado de un 2% en 2000 a un 9,5% en 2009. En síntesis, que mientras en el conjunto de la Unión Europea el promedio ha caído casi dos puntos hasta el 14'9%, en España sigue aumentando y llega al 31'9%.

Un dato que predice negativamente el crecimiento de nuestros alumnos es el relativo al *abandono escolar*. Mientras en el conjunto de Europa la tasa de abandono se ha reducido en casi un 2%, hasta llegar al 14'9% (que sigue siendo mucho), en España vamos más allá y llegamos a la increíble cifra del 31'9%, lo que significa que hemos más que doblando el promedio europeo. Esta tasa de abandonos es desde luego escandalosa. Especialmente en un momento de crisis como el actual. Sin duda alguna, esto predice las numerosas dificultades sobreenvenidas a esta población para encontrar trabajo en España, tal y como actualmente se confirma en más del 40% de los jóvenes españoles que se encuentran en el desempleo.²

² Cfr EXPANSION, 8. 12. 2010. <http://www.expansion.com/2010/12/07/entorno/1291757102.html>

Los datos anteriores ponen de manifiesto, por el contrario, lo limitado del actual crecimiento personal de los alumnos. En ese caso, ¿es riguroso sostener que la hipótesis del crecimiento irrestricto es una mera conjetura, una utopía insostenible porque carece de las necesarias referencias empíricas en que apoyarse? El hecho de que los resultados obtenidos por la actual educación sean tan negativos nada prueba acerca de la sostenibilidad o no de la anterior hipótesis. Por consiguiente, no debiera considerarse como una falsa hipótesis que, en principio, deba ser rechazada.

En el siguiente epígrafe se pasará revista a algunos de los fundamentos antropológicos a los que puede apelarse para la refutación de esta supuesta utopía hipotética. Por el momento, sin embargo, admitamos tal hipótesis —la capacidad de los alumnos de crecer de forma irrestricta— como un posible reto para la educación.

2. FUNDAMENTOS ANTROPOLÓGICOS DEL CRECIMIENTO IRRESTRICTO

¿Cuál sería el fundamento antropológico de ese crecimiento irrestricto? Hay muchas razones y argumentos que pueden mostrarse a favor de la sostenibilidad y veracidad de la anterior hipótesis.

2. 1. En primer lugar, apelemos a los *datos estrictamente biológicos*. Está probado que la dotación neuronal del ser humano es muy superior a la de cualquier animal de otra especie y, por supuesto, mucho más de la que precisa. Durante el periodo embrionario, las neuronas se forman a una velocidad media de 250.000 por minuto. Se estima que en el momento del nacimiento el cerebro del niño dispone de cien mil millones de neuronas, muchas de las cuales perecerán con el fin de

que las restantes puedan adaptarse a la funcionalidad del sistema nervioso y a la capacidad del cráneo.³ A partir del nacimiento y una vez producida esta reducción adaptativa del número de neuronas, los investigadores estiman que en la corteza cerebral humana permanecerán durante la vida de la persona 30.000 millones de neuronas. Este dato sobrecoge si se compara con la dotación neuronal del chimpancé (7.000 millones) o de la rata (65 millones de neuronas).

Esto pone de manifiesto que el ser humano tiene una capacidad muy superior a la de los animales de otras especies. Con el aprendizaje comenzará un proceso de diferenciación y especialización neuronal, lo que se manifiesta en la multiplicación de las conexiones axodendríticas y axo-axónicas, sustrato biológico en el que deja huella el crecimiento.

He aquí uno de los misterios que ni siquiera la investigación científica ha sabido explicar. ¿Por qué nacemos con el triple número de neuronas con las que después vivimos toda la vida? ¿Para qué estamos dotados de cien mil millones de neuronas cuando nacemos, si de inmediato han de perecer sesenta mil millones? Otra cuestión no menos relevante es acerca del escaso uso que hacemos de esos treinta mil millones de neuronas restantes a lo largo y ancho de la vida.

¿Permiten estos datos sostener la hipótesis de que la persona es capaz de un crecimiento irrestricto? Me parece que sí. ¿Por qué hay per-

³ "Recientemente se ha descubierto algo sorprendente en el desarrollo cerebral: la precoz degeneración programada de las neuronas, que les lleva a la muerte celular. (...) (Entre) el 15 y el 85 por 100, según las regiones, las neuronas inicialmente formadas desaparecen, lo que es importante para la agregación conectividad y funcionalidad del futuro sistema nervioso. (...) El número de neuronas se ajusta según el tamaño de la zona que tiene que ser inervada" (José Manuel Rodríguez Delgado. "Formación del sistema nervioso", en María Paz Lebrero Baena (Dir.). *Especialización del profesorado de educación infantil (0-6 años)*. Módulo 1-1. Madrid. UNED, 1996, pp. 113-121.

sonas que hablan correctamente siete, ocho o nueve idiomas, cuando algunos no hablamos bien ni siquiera un idioma? Los ejemplos respecto de otras capacidades, aptitudes y habilidades podrían multiplicarse de modo indefinido. Esto demuestra no sólo la capacidad de crecimiento irrestricto de la persona, sino también su unicidad, irrepetibilidad y singularidad respecto de cualquier otra persona.

2. 2. En segundo lugar, las personas somos seres que estamos dotados de *racionalidad y voluntariedad* y, por eso, estamos abiertos a *conocer y querer*.

Podemos conocer y podemos querer. Necesitamos conocer y querer: dos necesidades vitales irrenunciables. Para conocer hay que salir de sí, hay que realizar un acto intencional cuyo objeto y finalidad están fuera de nosotros y nos trascienden. Incluso aunque se trate de conocer un objeto de razón, la razón tiene que salir de sí. Cuando se trata del conocimiento empírico de un objeto real (que se puede tocar, percibir, etc.), también los sentidos tienen que abrirse al conocimiento, a la aprehensión de la realidad.

Es cierto que, con el conocimiento —una actividad que empieza a funcionar desde el principio de la vida—, nuestra capacidad de crecer se va ampliando. La potencialidad de conocer se va multiplicando. Cuanto más conocemos mayor es la potencialidad de seguir conociendo. Por tanto, si un niño empieza a conocer desde muy temprana edad, su futura capacidad intelectual se potenciará. Esto debiera considerarse de forma especial en el ámbito de la educación, del que más adelante me ocuparé.

El otro día estuve hablando con una niña que todavía no tiene ni seis años. Es una niña que usa un extenso vocabulario, porque lee mucho y sus padres hablan mucho con ella. Además, su padre le aconseja libros interesantes y le pide que le haga resúmenes mentales de lo

que acaba de leer. En la conversación con ella me divertí mucho y aprendí bastante. Se me ocurrió pensar: si un día me llevo a esta niña a la universidad, a una de mis clases, y empezamos a hablar, algunos de mis alumnos seguramente le preguntarían por el significado de algunas de las palabras que usa.

La capacidad de conocer de la persona es inagotable, a pesar de que la persona se agote en ello. Esto lo sabemos desde Aristóteles. No estamos descubriendo nada nuevo. La persona por el conocimiento, afirmaba, puede llegar a ser todas las cosas. Por consiguiente, la necesidad de conocer no queda nunca satisfecha del todo.

La educación nos ayuda a conocer más, mejor y de modo verdadero. He aquí otro argumento a favor de que la educación ayuda a crecer de una manera irrestricta. El hecho de que haya gente "pasota", que se conduce como si no quisiera conocer, nada muestra respecto de esa capacidad o potencialidad irrestricta para crecer. Otra cosa es que, libremente, una persona renuncie a conocer por la razón que fuere (ignorancia, pereza, cansancio, etc.).

Si nos introducimos en la profundidad de esta capacidad, descubriremos que el conocimiento más alto es el que se dirige a la verdad. La persona quiere conocer la verdad, la persona tiene hambre de verdad. Se trata de una voracidad irrestricta y siempre insatisfecha que se resiste a conformarse con lo que va obteniendo. Lo que también nos habla a favor de ese crecimiento irrestricto, que es propio de la persona.

Algo parecido acontece con la voluntad, con el querer humano, cuyo crecimiento es irrestricto. Considero que no hay ninguna persona que esté satisfecha con las dos opciones siguientes: no poder ser querido más y mejor y no poder querer más y mejor a los demás. En esto siempre se puede crecer. Aquí tampoco hay límites. No obstante, hay que andar con prudencia, pues si se está muy pendiente de ser querido,

la persona puede transformarse en una personalidad narcisista, y sufrir un grave trastorno psicopatológico. Sin embargo, querer ser querido es algo natural y normal, que de suyo no sólo no es malo, sino que es bueno. En cualquier caso, debería estar bien contrabalanceada esa necesidad con la otra, con la de querer y querer más.

¿A quién no le gustaría, si fuera posible, tener muchos más amigos íntimos de los que tiene? Aquí pueden admitirse ciertas limitaciones en el espacio y en el tiempo, porque la vida no nos da para tanto. ¿A quien no le gustaría en estas Navidades ser el motivo de que cien mil personas fueran más felices? Esto es muy probable que lo suscribiéramos todos.

Esto que estamos hablando no es algo teórico y utópico. Cada uno de nosotros al llegar a casa esta noche puede intentar querer más a su gente y, además, no solamente desde el punto de vista volitivo, sino apoyado, fundamentado en el hecho de entender más a los demás, de comprender más a los que tenemos en casa y, entendiéndolos y comprendiéndolos mejor, descubrir y conocer mejor las personas que verdaderamente son.

Conocerles y quererles más y mejor es un deseo que puede satisfacerse porque, en cierto modo, está a nuestro alcance. Si nos decidimos a comenzar esta noche, descubriremos enseguida que nuestro conocimiento del otro es irrestricto; que nuestro afecto no tiene fronteras; que siempre podemos crecer y mejorar más en ello; que es algo que no tiene límites y, por tanto, no estamos hablando de cosas utópicas, sino de la realidad, de la más humana y densa de las realidades humanas.

Un indicio razonable de esa capacidad humana de crecimiento irrestricto es que toda persona quiere ser ella misma más y mejor. El crecimiento en este deseo nos acompaña durante toda la vida, aunque a veces pueda estar limitado, impedido o dificultado por la enfermedad o la edad.

Llegados a este punto, parece pertinente hacerse otra pregunta: ¿de dónde le viene a las personas el que todas ellas quieran ser más y mejor? ¿Es esto también algo utópico? ¿Una conducta que ha sido modulada y así establecida por el aprendizaje social?

Desde luego, eso no se aprende en un master ni parece que proceda de un mero condicionamiento sociocultural, aunque en su origen pueda haber algo de ello (envidia, competitividad, mimetismo, etc.). Pero, por lo general, todas las personas queremos ser más —no tener más, que eso es bien diferente, aunque tal vez puedan estar unidos en algunos— y mejorar. Es decir, lo que la persona quiere, sobre todo, es algo que se refiere a sí misma y que se expresa con los términos de “ser más” y “ser mejor”. ¿No es esto una manifestación ya de ese crecimiento personal no confinado?

Esto acontece incluso en los niños más pequeños. Cualquier niño de cinco años quiere ser mejor, superarse a sí mismo, competir con sus iguales, ser más, crecer sin límite alguno. Al parecer, esto es algo innato y muy generalizado, que se aleja mucho de lo que es una mera utopía. De aquí que haya que concluir que si el crecimiento sin restricciones fuera una utopía, entonces, la persona humana estaría mal diseñada, pues desde su inicio estaría condicionada por una estructura perversa: la que le impulsa a algo inalcanzable y, por consiguiente, frustrante. No, no debiéramos admitir ese artefacto perverso en nuestro diseño como personas. Si todos deseamos ser más y mejor, ¿cómo es que al final sólo nos encontramos con el fracaso? ¡Pues vaya con el diseño que nos constituye!

Ese diseño, desde el punto de vista de la finalidad, la estructura y su misma operatividad, no es necesariamente y siempre frustrante. Ese diseño tiene un sentido. De acuerdo con que el crecimiento personal es restringido y no alcanzará nunca el alto nivel al que aspira. De acuerdo con que esas restricciones en parte se deben a la condición humana

(la pereza, el cansancio de la vida, las pasiones descontroladas, etc.) y en parte a factores contextuales que dificultan la realización de esos propósitos.

Pero más allá de esas dificultades, es mucho lo que cada persona es capaz de hacer de sí misma. De hecho, en cada vida personal hay más dones y valores —realizados a lo largo de su curso biográfico— que frustraciones, dificultades y humillaciones. En cierto sentido, cada persona vale mucho más de lo que ella piensa. Un hecho cierto e incontrovertible es que todas las personas crecen, con independencia de que podrían crecer mucho más. En esta ecuación, el misterio de la libertad humana tendría mucho que explicarnos.

Si no dispusiéramos de ese deseo de crecer, de ser más y mejor, la vida carecería de sentido y se transformaría en una estructura vacía, hueca e indiferente, muy difícil de soportar. Lo ordinario, no obstante, es que la persona arda en deseos y esté motivada por alcanzar eso que torpemente vislumbra como la vaga aspiración de sacar de sí la mejor persona posible. Esta experiencia generalizada pone de manifiesto que en la persona hay potencialidad para crecer, hay ganas, hay deseos, hay inquietudes, incluso entusiasmo, aunque en el devenir de la vida no sean estables ni consistentes ni fiables.

2. 3. En tercer lugar, esa aspiración al crecimiento irrestricto se entrelaza y no es dissociable del *propio conocimiento*, del *proyecto* biográfico por el que se opte y del modo en que éste se encarna en forma de *hábitos de comportamiento*.

No se es propiamente hombre hasta que se adquiere la capacidad de conducir la vida personal a su propio destino. El hombre debe conducir su propia vida hacia un fin determinado. El camino hacia la madurez es un arco tendido desde lo personal a lo social. El niño no se transformará en el hombre maduro que aspira a ser, si no comienza

por esforzarse en la adquisición de aquellos valores personales que, siendo irrenunciables, harán de él la persona valiosa que desea ser.

Si una persona entiende la educación como crecimiento ilimitado ha de comenzar por el *conocimiento de sí mismo*, de modo que de acuerdo con él diseñe su propio proyecto y desarrolle ciertos hábitos de comportamiento. Si no parte del conocimiento de sí mismo, aunque la persona tenga un poderoso deseo de crecer, no conducirá sus potencias cognitivas a su máximo desarrollo. Esto es lo que hace posible un crecimiento no restrictivo.

Mediante el conocimiento de su singularidad, la persona se percata de cuáles son sus rasgos “fuertes” y “débiles” y, por consiguiente, puede conducirse mejor a sí misma en libertad, optando en cada circunstancia por lo mejor para ella.⁴

La noción de *proyecto personal* (*Entwurf*) ha hundido sus raíces en la filosofía contemporánea, a partir de la obra de Heidegger. Un proyecto personal no consiste en hacer un mero plan, según el cual se disponga lo que todavía no se ha hecho, lo que aún está por hacer. “El proyecto no es, por así decirlo, hacer cualquier cosa mientras uno se hace a sí mismo, porque uno no se hace a sí mismo haciendo cualquier cosa”.⁵

Un proyecto personal, tal como aquí se entiende, tiene mucho que ver con la vida, hasta el punto de concebir la vida como un proyecto,

⁴ Para profundizar en el conocimiento personal, el lector puede consultar la siguiente bibliografía, en la que el autor responde de forma pormenorizada a estas cuestiones: Cfr. Aquilino Polaino Lorente, Javier Cabanyes Truffino y Araceli del Pozo Armentia. *Fundamentos de Psicología de la Personalidad*. Rialp. Madrid, 2003; Aquilino Polaino Lorente. *En busca de la autoestima perdida*. Desclee de Brouwer. Bilbao 2003; Aquilino Polaino Lorente. *Familia y autoestima*. Ariel psicología. Barcelona 2004.

⁵ José Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*. Alianza. Madrid, 1979, v. 3, 2724-2725.

como una tarea, como una anticipación de sí mismo; más que como una realidad proyectante, como el proyectarse como realidad, de forma que la persona se determine a sí misma en su proyectarse y a través de su autodecisión.

En última instancia, la capacidad de proyecto de un individuo significa también la básica capacidad de ese sujeto al servicio de su personalización. Tener un proyecto de vida consiste en saber a qué atenerse, tanto en lo que respecta al mundo en que se vive como a la personal existencia en que consiste la propia vida: habérselas con la propia realidad de tal modo que, por su virtud, ésta se guíe a sí misma en el ámbito del universo, para de esta forma conseguir que su mismidad logre dar alcance a un crecimiento no restrictivo.

Tiene proyecto quien, teniendo ideales bien concebidos, es capaz de vertebrar su propia existencia de acuerdo con la forma de vida por la que libremente ha optado. Difícilmente podrá diseñarse una forma de vida si la imaginación está agostada, o si los valores, que como referencias sirven a la orientación de la propia existencia, están oscurecidos.

Como ha podido advertirse, disponer de un proyecto personal de vida es algo muy importante. Más aún, imprescindible para no extrañarse en el ámbito confuso de nuestra sociedad y alcanzar el seguro puesto que, individual y socialmente, cada hombre libremente se ha propuesto.

Ahora bien, no todos los proyectos personales lo son realmente. Así, por ejemplo, el *self made-man*, el modelo tan extendido en la sociedad consumista donde solo se prima la *efficacy*, el *powerfull*, el éxito, encierra numerosas contradicciones que lejos de orientar al hombre le enajenan y arruinan en esta navegación. El éxito no puede transformarse en el techo del crecimiento personal. Si el éxito fuese la cota a alcanzar, el crecimiento personal ya no sería irrestricto.

Desde una perspectiva filosófica, el supuesto que sostiene este modelo, no es otro que el historicismo: resultando una alternativa que ha causado no pocos pesares al hombre y que se debate entre el substancialismo radical, que considera que el ser del hombre coincide únicamente con una naturaleza que actúa de modo fijo y determinado, y el fenomenismo historicista que, disolviendo la naturaleza humana, hace que el ser del hombre se entienda únicamente como el resultado de su hacer, de su "construcción", de lo que cada uno hace de sí mismo en el tiempo.

Ahora bien, el hombre tiene una naturaleza, pero no está ni definitivamente hecho ni acabado. El hombre tiene que hacerse, pero desde su ser. "Debe decirse, pues, que el hombre tiene necesariamente historia, más no que tenga una historia necesaria. La libertad humana hace posible esta situación aparentemente contradictoria. El hombre, por ser libre, actualiza y despliega su interna plasticidad de una manera libre, no puramente natural (...), pero esta libertad de nuestro ser, desde la cual se hace posible la historia, no está sobreañadida a la naturaleza humana. Se trata, por el contrario, de una libertad que esta naturaleza tiene. En la unidad metafísica del hombre, naturaleza y libertad constituyen un *unum* inseparable realmente idéntico. (...) El hombre es, según esto, un ser histórico por existir en él, además de su propia y determinada naturaleza, algo que excede indefinidamente a toda determinación y que afectando de continuo formas nuevas, tiene una inagotable agilidad para superarlas".⁶

Dada la agilidad y plasticidad omnímodas del ser humano, como acabamos de ver, resulta especialmente relevante para la vida que el hombre, cada hombre, tenga un proyecto de vida. El futuro no está

⁶ Antonio Millán Puelles. *Ontología de la existencia histórica*. Rialp. Madrid, 1955, 176, 194-195, 206.

escrito, lo que comporta un importante grado de imprevisión, de angustia; pero a la vez, ese no-ser-todavía, en que consiste el futuro, sale garante de la libertad humana, que hace de la persona una naturaleza perfectible, abierta y con capacidad para enriquecerse con sus acciones, al tiempo que en el transcurso de la vida reconfigura su ser histórico.

La incertidumbre del futuro —y la capacidad de proyecto que frente a él cada hombre tenga— manifiesta a la persona en la unidad de su ser, sí un ser sustancialmente permanente, pero accidentalmente perfectible.

Hemos visto, líneas atrás, la importancia de tener un proyecto personal de vida. Cuando no se tiene, el comportamiento humano se disuelve en el sinsentido. Todo proyecto transparenta la razón de una motivación que lo pone en marcha. La carencia de motivaciones obtura la posibilidad de los proyectos personales y los agosta y anega.

Desde esta perspectiva, *motivación* es sinónimo de valor: si algo no nos motiva es porque no vale para nosotros. De aquí que si no somos atraídos por ciertos valores resulte muy difícil concebir un proyecto y que nos pongamos en movimiento para realizarlo. La carencia de motivaciones, la confusión en los *valores* hace que algunos comportamientos humanos, en lugar de conductas motivadas se conviertan hoy en meras “movidas”.

Esas personas, aunque vayan de un lado para otro, en realidad no se mueven —porque no están motivadas— sino que son movidas por otros o por las circunstancias. En consecuencia, son sujetos que han sido movidos, arrastrados, propulsados por la masa, las modas o los mitos, todo lo cual limita y restringe su personal crecimiento irrestricto.

Algunas personas no han asumido el sistema de convicciones de la generación anterior, pero tampoco lo han sustituido por otro, por

lo que su mundo se ha quedado sin armazón alguna. En estas circunstancias, como dice Ortega, "el hombre vuelve a no saber qué hacer, porque vuelve de verdad a no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo que se vivía se ha venido abajo, y de pronto en nada más. No se sabe que pensar de nuevo —sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo o casi todo lo que se creía ayer, pero la verdad es que no se tienen nuevas creencias positivas con que sustituir las tradicionales. Como aquel sistema de *convicciones* o mundo era el plano que permitía al hombre andar con cierta seguridad entre las cosas y ahora carece de plano, el hombre se vuelve a sentir perdido, azorado, sin orientación (...) No existe eso que suele llamarse 'un hombre sin convicciones'. Vivir es siempre, quiérase o no, estar en alguna convicción, creer algo acerca del mundo y de sí mismo (...); el no sentirse en lo cierto sobre algo importante impide al hombre decidir lo que va a hacer con precisión, energía, confianza y entusiasmo sincero: no puede encajar su vida en nada, hincarla en un claro destino. Todo lo que haga, sienta, piense y diga será decidido y ejecutado sin convicción positiva, es decir, sin efectividad; será un espectro de hacer, sentir, pensar y decir, será la *vita minima*, una vida vacía de sí misma, inconsistente, inestable. Como en el fondo no está convencido por algo positivo, por tanto no está verdaderamente decidido por nada (...); más para decidir mi existencia, mi hacer y no hacer, yo tengo que poseer un repertorio de convicciones sobre el mundo".⁷

⁷ José Ortega y Gasset. *En torno a Galileo*. Revista de Occidente. Madrid, 1967, 100-104.

Un hombre sin convicciones, sin proyectos, sin motivaciones es un hombre vacío y siempre pronto a escapar del mundo y a huir de sí mismo; un hombre que se ha olvidado de su crecimiento personal y ha hecho del miedo su morada. ¿Pero puede el hombre huir del mundo, escapar de sí mismo?

Ciertos comportamientos actuales muy generalizados manifiestan que sí, que el hombre puede escapar del mundo, mientras se refugia en la droga, en el consumismo hedonista o en el sexo; pero ni siquiera entonces puede el hombre hurtarse a sí mismo, escapar de sí.

¿Qué solución le queda, entonces, al hombre?, ¿Qué puede hacer? En lugar de huir de sí mismo, el hombre puede correr hacia sí mismo, hacia su intimidad, adentrarse en el hondón de su vida interior y descubrir cuáles son sus *convicciones* para, desde allí, acrecerse y, apoyándose en ellas, fugarse hacia delante, transformando el mundo con sus propios proyectos, y... seguir creciendo.

Juan Pablo II abrió el año de 1985 con un mensaje a la juventud, en que decía: "Os conmueve el hambre de paz que tanta gente comparte con vosotros. Os aflige tanta injusticia a vuestro alrededor. Estáis amenazados con el desempleo y muchos de vosotros os encontráis ya sin trabajo y sin perspectivas de un empleo conveniente. (...) Todo esto puede suscitar el sentimiento de que la vida tiene poco sentido. (...) No tengáis miedo de vuestra propia juventud, y de los profundos deseos de felicidad, de verdad, de belleza y de amor eterno que abrigáis en vosotros mismos. Hay quien dice que la sociedad de hoy teme estos potentes deseos de los jóvenes, y que vosotros mismos les tenéis miedo. ¡No temáis! (...) El futuro del próximo siglo está en vuestras manos. Para construir la historia, como podéis y debéis, tenéis que librarla de los falsos senderos que sigue. Para hacer esto, debéis ser gente con una profunda confianza en el hombre y una profunda confianza en la grandeza de la vocación humana, una vocación a realizar

con respeto de la verdad, de la dignidad y de los derechos inviolables de la existencia humana”.⁸

2. 4. En cuarto lugar, esa aspiración al crecimiento irrestricto que anida en la condición humana es inseparable de su propio ser: una “*subsistencia coexistente*”.⁹ Nuestra existencia no es una existencia aislada; nunca lo ha sido. Aunque a veces podamos sentir el zarpazo de la soledad y la incomprensión, no estamos solos. Eso en todo caso será lo que sentimos, pero no lo que somos.

La existencia humana no es concebible en un total y radical aislamiento; la existencia de la persona no se entiende sino como coexistencia. La consideración de nuestro origen manifiesta que no procedemos de nosotros mismos, sino de otros.¹⁰ De otra parte, si no nos hubiesen cuidado, alimentado, protegido, etc., no estaríamos hoy aquí. Si no hubiera habido alguien que nos enseñara a leer, hoy no sabríamos leer. Y eso, aunque cuando nos disponemos a leer no nos acordemos de la persona que nos enseñó a leer. Tal vez porque somos muy olvidadizos y poco agradecidos. Pero bastaría con hacer memoria acerca de cualquiera de nuestras conductas para experimentar cómo nuestra existencia personal ha estado amasada con numerosos vínculos, algunos de ellos extraordinarios, con miles de personas. El propio crecimiento depende de ello. Más aún, nadie habría llegado a ser la persona que es si no hubiera estado abierta a esa co-existencia con los demás.

Cuando nos disponemos a escribir, ¿nos acordamos acaso de aquella otra mano que cogía nuestra manita pequeña para hacer palotes? Es

⁸ Juan Pablo II. *L'Observatore Romano*, 23 de Diciembre de 1984, 18.

⁹ Leonardo Polo. *Antropología trascendental*. Eunsa. Pamplona, 2003, 173-193; Leonardo Polo. *Curso de Psicología General*. Eunsa. Pamplona, 2009.

¹⁰ Aquilino Polaino Lorente. “La cuestión acerca del origen: El olvido del ser y la necesidad de la anamnesis en la actual paternidad humana. *Familia et vida*, 1999, nº 2-3, 68-94.

probable que sólo en algunas ocasiones pensemos en esto. A veces escribimos sobre nuestras soledades y no recordamos que podemos escribir porque otra persona nos enseñó a hacerlo, y no de una forma mortificante sino que, probablemente, esa persona disfrutó enseñándonos.

Estas y otras muchas personas nos han hecho un bien inmenso, y a la vez han disfrutado haciendo ese bien, con independencia de cuáles fueran sus condiciones laborales. Hay otras satisfacciones que no son cuantificables —como tampoco son prescindibles—, que también han sostenido el crecimiento irrestricto de las personas.

Por consiguiente, si hay centenares, miles de personas que nos han apoyado y nos han ayudado a crecer, no podemos pensar que nuestro crecimiento personal se debe solo a nosotros mismos, y a nadie más. Les contaré una anécdota muy personal de mi propia vida. Me acuerdo que la primera vez que fui a Sevilla, tendría unos cinco años, mi padre nos llevó allí porque tenía que asistir a un congreso de su especialidad. Nos alojamos en casa de un hermano de mi padre. La chica de servicio nos sacó a pasear por Sevilla. Yo nunca había visto en mi vida una torre tan alta como la Giralda. La verdad es que me fascinó. Debí de impresionarme tanto lo que contemplaba que me despisté de mis hermanos. De repente me di cuenta de que estaba solo, de que me había perdido. Allí no estaba ni la chica ni mis hermanos. Miraba a la Giralda y seguía apoderándose de mí, pero miraba a mí alrededor y no sabía qué hacer. Así es que comencé a experimentar un miedo horroroso.

Por la calle pasaban coches de caballos, que nunca había visto hasta entonces, y que, con un especial encanto, excitaban mi curiosidad. Acudió de nuevo una pregunta acuciante para la que no tenía respuesta alguna: ¿Cómo ahora encuentro yo a mis hermanos? Llegó un mo-

mento en que el gozo estético se transformó en un miedo insoportable; y empecé a llorar completamente asustado.

Un guarda de tráfico que me vio llorando se acercó a mí, me tranquilizó y me ofreció su mano a la que yo me agarré con todas mis fuerzas. Con él me dirigí al centro de la calle en la que dirigía el tráfico. Yo estaba alucinando con el tráfico y en aquella nueva actividad, hasta empecé a sentirme importante. El buen guardia no me dejaba de su mano. Yo experimentaba esa fortaleza prestada, un poderoso agrado para defenderme contra el miedo.

Otro compañero le sustituyó en el cumplimiento de su función. Al mismo tiempo no dejaba de decirme: "no te preocupes que yo te acompaño a donde haga falta". Yo me sentí de nuevo con una total seguridad, lo que me permitía volver a mirar hacia la Giralda.

Pasé así del mayor desvalimiento, que hasta entonces había experimentado, a sentir una confianza y fortaleza absolutas, gracias a la ayuda de aquel buen guardia. Sin duda alguna, todo aquello me hacía sentirme mayor, crecer, incluso estar orgulloso de haberme perdido. Al fin localizó en una guía la dirección de la casa de mi tío y, tranquilizándome, me acompañó a casa.

Todo lo que los demás han hecho por nosotros, ¿no constituye tal vez un apoyo fundamental para estar persuadidos de que vale la pena seguir creciendo?, ¿Podemos seguir pensando en una existencia personal solitaria, empobrecida e indiferente?

Es probable que podamos pensarlo, porque no todas nuestras experiencias han sido tan positivas. Pero si miramos atrás y recordamos cuántas personas se han interesado por nosotros, cuántas nos han potenciado, nos han sonreído, nos han dado ánimos, nos han comprendido, nos han hecho un gesto de complicidad y afirmación..., lo más probable es que surja en nuestro corazón un incontenible agradecimiento. ¡Son miles las personas a las que debemos tanto!

Importa menos si las recordamos o no, aunque debiéramos recordarlas alguna que otra vez. El hecho cierto es que nos ayudaron a ser quienes somos, a sacar de nosotros le mejor persona posible. En esta perspectiva queda probado, una vez más, que el crecimiento personal no restrictivo es una realidad.

2. 5. En quinto lugar, por último, esa aspiración al crecimiento irrestricto se fundamenta en un *imperativo divino*: "Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".¹¹ La formulación imperativa de este mandato nos enfrenta a unas exigencias éticas que superan en mucho nuestras posibilidades y que, por tanto, pudieran calificarse de inalcanzables.

Desde la perspectiva de la ética, ¿es el crecimiento irrestricto una utopía? ¿No debería entenderse mejor esa aspiración como un acto de soberbia y de orgullo inconmensurables? ¿No se tratará acaso de la imposición de un *ethos* imposible? Con todo mi respeto a sus convicciones, sean o no creyentes, permítaseme continuar con la exposición de esta última cuestión.

Desde luego, este mandato divino está enunciado de forma categórica y universal. Si nuestro crecimiento potencial no fuera irrestricto, ¿no habría sido conveniente formular este imperativo de otro modo?

Antes de proseguir, quisiera advertir al público de ciertas expresiones que emplearé a continuación, que de ser mal interpretadas, podrían calificarse de heréticas (y nada más lejos de mí que incurrir en la herejía). Dicho de otra forma: ¿Hay alguna persona que no quiera ser Dios?

Para dilucidar esta cuestión, habría primero que hacer ciertas indagaciones acerca de lo que las personas tienen en la cabeza cuando se

¹¹ Mt 5, 48.

refieren al concepto de “Dios”. Supongo que, en el estado actual de la sociedad, serían más las disonancias que las coincidencias personales, con independencia de que en la mayoría de ellas barbote un deseo inextinguible de ser como Dios.

Sin tomar esta manifestación humana en un sentido herético – sería demasiado luciferino como para poder aceptarse–, ¿No es cierto que las personas tienen experiencia de ese recóndito deseo, afán, impulso afectivo-cognitivo? De otra parte, si no hubiera esta huella en el hondón de la intimidad humana, ¿cómo explicar, entonces, ese imperativo?

Si no se toma en un sentido herético, cabría pensarlo provisionalmente como el constitutivo vocacional innato que hay en toda persona. Una apelación constitutiva a ser como Dios, a ser tan perfecto como Él es. La persona sabe que nunca llegará a esa meta, pero al menos hay que intentarlo, dado que también hay experiencia de ese imperativo y de esa tendencia natural en el alma humana.

Este imperativo divino puede encajar perfectamente con el crecimiento irrestricto que es propio de la condición humana. Como tal imperativo (sobrenatural) no tiene porqué repugnar, ya que se ensambla bien con lo que es propio (natural) de la condición humana. Más aún: si la persona es *imago Dei*, imagen de Dios, puesto que el mismo Dios ha revelado que “creó al hombre y la mujer a su imagen y semejanza”¹², entonces, que el hombre quiera ser como Dios es un querer bien fundado. De tal imagen, tal querer. Es comprensible que esa aspiración de la imagen y semejanza que cada persona es coincida precisamente con ese imperativo ético. El mandato es sólo un modo sobrenatural de reforzar la tendencia natural de la semejanza de esa imagen en que la persona fue constituida.

¹² Gen 1, 27.

Ahora bien, como cada persona es un ser singular, único e irrepensible, esa "semejanza" forzosamente ha de ser también única e irrepensible, por lo que el modo en que la persona se pone en pie de igualdad con la perfección divina necesariamente tendrá que ser de modo singular. De aquí que ese crecimiento irrestricto personal sea diverso y no debiera ser igualitario, isomórfico y homogéneo respecto de otras personas, habida cuenta de que la semejanza de la persona, como tal imagen, también ha de ser singular e irrepensible. Tal mandato, pues, no va contra natura, sino que reafirma la condición humana en sus naturales aspiraciones.

El *Ethos* que aquí se nos propone exige la condición, qué duda cabe, del crecimiento irrestricto de la persona. Otra cosa bien diferente es que —desde nuestra perspectiva— nos parezca que nunca llegaremos a alcanzar esas perfecciones. Pero basta con que, sinceramente, se intente. Es probable que si la persona lo intenta —desde la perspectiva de Dios y de la justa consideración de las posibilidades personales de que se dispone—, Dios considere que sí, que esa persona ha realizado en sí las perfecciones, gracias a las cuales es más semejante con el Padre, con independencia de lo que piense esa persona.

Sólo a Dios corresponde el último juicio acerca del uso que la persona ha hecho de su libertad en ese crecimiento irrestricto. A la persona que hace todo lo que puede no se le puede pedir más. He aquí la condición para la comprensión del crecimiento irrestricto que conduce a la plenitud y realización de la persona. En un breve y sencillo texto, Lorda nos ofrece una posible explicación de este misterio: "Cada hombre es "querido por sí mismo", como sujeto de un dialogo existencial que debe conducirle a reproducir la imagen del Dios hecho hombre. El hombre es el único ser sobre la tierra para el que su existencia es un camino de perfección hacia una plenitud personal. En todos los seres vivos se da ciertamente un proceso de maduración,

pero se trata solo del desarrollo de las capacidades con que está dotada su naturaleza, que finalmente se agotan. [Por el contrario], en el hombre se realiza un cambio, un crecimiento en calidad, con la adquisición progresiva de una forma nueva que en su naturaleza está solo incoada, y que es fruto de un diálogo, por decirlo así, entre la naturaleza y el don de Dios, entre naturaleza y gracia. El hombre acumula en su ser la historia de su relación personal con Dios. Queda en él la huella de cada una de las solicitudes divinas, de cada uno de sus dones; y, en la medida en que corresponde, se va haciendo "participe de la naturaleza divina", sin perder por ello su condición humana, sino llevándola a la plenitud del hombre perfecto, Jesucristo".¹³

Sin embargo, el hombre postmoderno parece haber roto con Dios. El hombre ha invertido el proceso: ahora no se acepta como imagen de Dios, sino que él mismo es quien "construye" la imagen de Dios "a la carta". Transcribo a continuación las palabras del diario que me envió un antiguo alumno —ahora un prestigioso profesional—, acerca de cómo era su "imagen de Dios". El texto está redactado como si se tratase de un diálogo frontal con Dios, aunque sea apenas un monólogo.

"Te has equivocado; yo no quiero ser quien soy. Detesto cómo me has hecho. Lo voy a mejorar. Voy a cambiar el modo en que me has hecho. Yo seré el hacedor de mí mismo. No quiero ser dependiente. Yo quiero ser mi propio y único dueño. No quiero ninguno de tus dones que luego puedan hacerme sentir en deuda contigo. Quiero ser yo, completamente yo, sin dependencia alguna. La felicidad ya me la procuraré yo. No quiero tener padre alguno."¹⁴ Eso supondría admitir

¹³ Juan Luis Lorda. "Antropología de la formación cristiana". *Servicio de Documentación Montalegre*, nº 338. Barcelona, marzo de 1991, 2.

¹⁴ Se trata, pues, de la rebelión del hijo contra el Padre. ¿No estará relacionada la "muerte de Dios" con este modo de alzarse contra el Padre? ¿Puede haber alguna relación entre esta rebeldía contra la paternidad divina y la rebelión, ahora más frecuente, contra la paternidad humana? ¿Se puede ser buen padre si no se es buen hijo?

un origen en el que no me reconozco. Quiero reinventar mi vida desde mis orígenes, aunque sea a partir de la nada. Soy un adulto que detesta que le traten como a un niño. Rechazo cualquier normativa, venga de donde viniere. Me sobra con el orden que me impongo en cada circunstancia y que varío cuantas veces me plazca. Decididamente, yo soy mi propio salvador. Mi agradecimiento, por eso, se agota en mí mismo y en nadie más. El amor que me tengo —y que crecerá con el nuevo proyecto que tengo entre manos— me basta y me sobra. No necesito la alabanza de nadie. Es suficiente con mi propia autoexaltación. Yo soy el mejor amante de mi persona.”

El rechazo de toda paternidad implica la negación del propio origen.¹⁵ Sólo negando ese origen puede el hombre erigirse en el propio arquitecto o escultor de sí mismo. Ahora bien, ¿es esto posible? Si la persona no se ha dado el ser a sí misma, no parece que esto sea factible, con independencia de que el “arquitecto de sí mismo” pueda considerarse completamente independiente y muy por encima de todos. ¿Para qué habría de servirle ese crecimiento irrestricto, si sigue una dirección que le desnaturaliza y aliena?

Por el contrario, en otras personas la “imagen de Dios” que se han formado está bien construida y se aproxima mucho a la *imago Dei*, que realmente son, quieren o deben ser. Transcribo a continuación un

Paternidad y filiación constituyen una misma y única relación; una relación bidireccional, en cuyo extremos se sitúan una y otra. Pero el tejido de que está hecha esa relación depende de ambos. Cualquier fallo o negligencia en el padre o el hijo afecta la relación y alcanza forzosamente al otro. Muchos conflictos paterno-filiales actuales podrían tener aquí su origen. De otra parte, el rechazo de la paternidad divina es posible que condicione el actual y generalizado rechazo de la paternidad y maternidad biológicas. Cfr Aquilino Polaino Lorente. “El hombre como padre”, en VV.AA. *Metafísica de la familia*. Eunsa. Pamplona, 1995, 295-316.

¹⁵ Cfr Polaino-Lorente, Aquilino. “La cuestión acerca del origen: El olvido del ser y la necesidad de la anamnesis en la actual paternidad humana”. *Familia et vida*, 1999, nn. 2-3, 68-94.

breve texto de las notas que un paciente había tomado durante su oración personal. Una manifestación espléndida de a dónde puede conducir ese crecimiento irrestricto cuando está bien dirigido desde su origen –“imagen de Dios”– hasta su término –“sed perfectos”.

“Cuanto más Tuyo sea –escribió–, tanto más soy yo mismo. Cuanto más mío sea mi yo, menos soy de Ti y menos soy yo mismo. Cuanto más tuyo soy, mayor es mi semejanza a Ti y a lo que Tú quieres que sea, y para lo que me has creado. Cuanto menos me parezca a Ti, menor es mi identidad y mayor es la alteración de mi yo, más tergiversada resultará mi identidad, más desnaturalizado y despersonalizado estaré, mayor será el grado de alienación que experimentará mi persona”.¹⁶

3. LA EDUCACIÓN COMO CRECIMIENTO PERSONAL

Una vez que se han expuesto algunos de los fundamentos antropológicos del crecimiento irrestricto de la persona, estamos en condiciones de afrontar el tema de la educación, como uno de los principales escenarios en los que precisamente acontece ese irrestricto crecimiento. La educación, presentada como crecimiento personal, constituye un reto ineludible en las circunstancias de la actual sociedad.

La educación consiste, sencillamente, en ayudar al crecimiento personal de los alumnos. Es evidente que cada persona tiene que crecer por sí misma. Esa relevante función no es delegable, sustituible o negociable. El profesor lo único que puede hacer es ayudar al alumno

¹⁶ Polaino-Lorente, A. *Imágenes de Dios en la sociedad española contemporánea*. Curso de Verano. Facultad de Teología San Dámaso-CEU. Ávila, julio 2010. (En prensa).

a crecer como la persona que es y, sin sustituirlo, facilitar ese proceso mediante el encuentro interpersonal.

El crecimiento personal a que me refiero no consiste en disponer de más información, ni llenar la memoria con nuevos datos de los que servirse cuando sea preciso. El crecimiento personal es otra cosa. El crecimiento tiene mucho que ver con el desarrollo, pero se diferencia de él por estar menos condicionado por los factores biológicos y más vinculado a la libertad personal. Por eso, si el alumno no quiere crecer, no crecerá, incluso a pesar de las numerosas ayudas que de sus profesores reciba. De aquí que el protagonista de la educación sea siempre el alumno.

Se trata, pues, de que la persona crezca. Esto no se puede imponer, sino que cada persona ha de avanzar por sí misma mediante sus libres decisiones. El profesor puede ayudar al alumno con su experiencia y orientaciones, con sus propuestas y motivaciones, incluso —¿por qué no decirlo?— con la coherencia de su estilo de vida. Pero de ahí no puede pasar. El profesor no puede sustituir ni someter a nadie. Si una persona no quiere crecer, no crecerá.

Es bueno además, que sea así, porque toda educación tiene que estar basada en la libertad. Al fin y al cabo, lo que le queda al alumno, después de los años de aprendizaje, es la capacidad para conducirse a sí mismo de la mejor forma posible en los avatares que la vida le vaya presentando. En esas diversas y complejas situaciones vitales, la persona no puede dirigirse a su antiguo profesor, y preguntarle: “¿Qué hago?” Entre otras cosas, porque no hay tal profesor al que pueda consultar. Por el contrario, si ha aprendido a pensar, tomar decisiones y resolver problemas, es muy probable que también acierte en las circunstancias innovadoras que, sin duda alguna, se le presentarán en el futuro.

El reto de la educación consiste en ayudar a cada alumno en su propio crecimiento personal. El profesor le ayuda cuando orienta, guía

o moldea el impulso a crecer de modo ilimitado que anida en su intimidad. Un amigo me contó ayer lo que afirmaba un colega de la Universidad, muy prestigioso: "cuando durante una semana una persona no ha pensado nada, no ha leído nada y no ha escrito nada, su encefalograma está plano". En principio pensé que tal afirmación era un tanto exagerada. Luego, reflexionando más despacio, llegué a la conclusión de que hasta podía tener razón.

Pensar, leer y escribir son esenciales para la educación, al menos en la cultura occidental. Si el alumno ocupa su tiempo con viñetas, iconos, videos, etc., hemos de admitir que, por el momento, está entretenido, pero muy poco puede concluirse aquí respecto de su crecimiento personal. Es cierto que emplea programas interactivos en su ordenador. Es decir, que emite muchos operantes motores en relación con las imágenes que observa en su pantalla. Este ejercicio supone, sin duda alguna, una cierta articulación entre lo que ve en la pantalla y el dedo que toca el teclado, lo que probablemente robustezca su desarrollo visomotor. Pero eso en modo alguno sustituye a otras actividades más formativas como pensar, leer o escribir. De todas formas, esta afirmación es un tanto reduccionista, por lo que habría que continuar pensando acerca de ello.

De otra parte, hay una educación social compartida —y tal vez virtual e inconsciente— que es consecuencia del ambiente y de nuestras interacciones con los demás. Esta educación virtual también nos atañe, porque a todos nos salpica. El modo en que dejamos el asiento en el autobús a una señora mayor o el modo en que respetamos a la gente en el metro y le damos prioridad al salir es también educación. En realidad, cuando una persona observa estos hechos y reflexiona acerca de ello, saca sus conclusiones y, en consecuencia, continúa creciendo.

Supongamos que todo esto fuera así y que la educación asumiera el reto del crecimiento irrestricto de los alumnos. En ese caso, todavía

nos encontraríamos con un problema: ¿Cuál es el *para qué* de ese crecimiento irrestricto? ¿*Para qué queremos ser más y mejor?* ¿Para auto-construirnos e imitar, tal vez, el modelo de Super-Hombre de Nietzsche? La pluma extraordinariamente brillante de Nietzsche es probable que, por su empatía, seduzca y arrastre a algunos. Pero el modelo humano de que parte ha demostrado que está fracasado y conduce a la desesperación. El crecimiento irrestricto no es para transformarse en un superhombre, es decir, para “ponerse en valor” como persona, de acuerdo con los principios axiológicos que circulan en la sociedad postmoderna (éxito, popularidad, dinero, poder).

Ser más, ser mejor, ¿para extender y macizar la voluntad de poder? El hombre postmoderno se ufana en atribuirse, ardiente y fogoso, lo que no es ni puede ser. *Quis ut ergo?*, “¿Quién como Yo solo?” —se pregunta, en su excitación, el hacedor de sí mismo. Pero si observa a los otros, pronto descubrirá que hay personas más excelentes que él. Allí donde advierte que no es lo que creía ser, da un golpe de timón, y de nuevo conduce su biografía a la auto-exaltación y complacencia, a través de la competitividad. La soberbia causa y arrastra a la envidia. Esa persona no tiene necesidad de nadie. Si se muestra competitiva es porque ella misma decide, en cada caso, lo que es bueno o malo para sí, en función de lo que le gustaría ser y todavía no es.

Al parecer, está persuadido de que cada uno ha de encontrar la salvación en la propia autorrealización. Piensa que nadie ha de someterse a nadie; que todos han de salvarse por sí mismos. Pero, seducido por su yo, el amo se ha transformado en esclavo. Lo que sabe supone que sólo está causado por su inteligencia y esfuerzo; sus conocimientos constituyen una posesión absorbente que se identifica con el propio yo; la arquitectura de su personalidad y corporeidad es hechura de su yo; la “producción” de sí mismo se identifica con su salvación personal.

Pero, quien vive como si fuera su propio *salvador* experimenta la esclavitud de la soledad y desesperación. Acaso por eso, la competitividad inicial se desvanece y desmaya con prontitud. Hasta aquí le ha conducido la errónea imagen de la persona que se había formado. Una imagen que en modo alguno es aceptable, por lo que huye de estampida de ella, como si se tratara de una conjetura horrorosa e insoportable.

El crecimiento irrestricto no tiene como fin agigantar la personal *voluntad de poder*. Esto no es conforme con el espíritu encarnado y la carne espiritualizada que es la persona. ¿Para qué sirve aumentar la voluntad de poder, si ello no asegura la propia felicidad? La voluntad de poder ha invadido también un cierto sector del ámbito de la ciencia.¹⁷ En ello ha influido decisivamente el concepto de ciencia sostenido por Comte. La propuesta de este autor es la siguiente: "Conocer para saber, saber para predecir, predecir para poder". El fin de la ciencia no sería otro que el dominio sobre la naturaleza y el aumento del poder de los científicos.

En efecto, si una persona conoce más, sabe más. Y si sabe más, hará predicciones rigurosas que se cumplan en el tiempo. De aquí que prevea lo que sucederá en el futuro y, en algún modo, anticipa y fortalece así su capacidad de control sobre la realidad, es decir, aumenta su poder. Si puede hacer rigurosas predicciones, controla más y puede más. Por poner un ejemplo, si es capaz de hacer predicciones acerca de lo que va a suceder en la bolsa la próxima semana, en tan solo dos días se haría muy rico. Aquí puede observarse la perfecta articulación entre la ciencia como poder (Comte) y la voluntad de poder (Nietzsche).

¹⁷ Cfr Aquilino Polaino Lorente. *Antropología e investigación en las Ciencias Humanas*. Unión Editorial, Madrid, 2010.

De este ensamblaje lo que se deriva es la gran tragedia humana. Una ciencia que apunta a sólo la conquista del poder acabaría muy pronto por destruir al hombre. Porque siempre habrá otro científico que quiera más poder, por lo que orientará su crecimiento irrestricto de espaldas al *ethos*, al que líneas atrás se aludió, sembrando así el caos y la destrucción de lo humano.

La formulación de Comte exige una pronta e importante rectificación. No es suficiente con la secuencia por él establecida. No basta con "predecir para poder". Esta fórmula es insuficiente, además de injusta como después observaremos. Es necesario añadir a esa secuencia un último elemento que ponga a la ciencia en valor, en el valor de la dignidad humana.

La secuencia completa podría admitirse si se formulase de la siguiente forma: conocer para saber, saber para predecir, predecir para poder, poder para servir mejor y más a los demás. Sólo de esta forma la ciencia cumple con su fin: servir a las personas.

El fin último del crecimiento irrestricto humano —sea más o menos científico— es siempre el servicio al otro. En ello se juega la ciencia su propio ser. Una ciencia que no se atiene a la conciencia (*cumscientia*), deja de ser científica. El primer descubrimiento científico consiste en desvelar la ciencia implícita en la propia conciencia juzgadora.

El hecho de percatarse de que lo sostenido por la conciencia (*cumscientia*) es el primer acto científico, puede contribuir a robustecer y adensar el mismo concepto de ciencia y su fundamentación. ¿Para qué serviría una ciencia que en lugar de servir a las personas constituyera una grave amenaza para la sostenibilidad de sus vidas? ¿Sería tal comportamiento científico?

4. LA EXIGENCIA DEL CRECIMIENTO IRRESTRICTO Y LA EQUIDAD ENTRE GENERACIONES

La exigencia del crecimiento personal irrestricto viene urgida por la equidad entre generaciones. ¿Qué se entiende por equidad entre generaciones? Sencillamente, lo justo, la justicia entre una generación y la siguiente. Pondré un ejemplo. Supongamos que una persona nace en 1970. La llegada de esa persona al mundo, en una ciudad como Madrid, está caracterizada por una serie de condiciones muy peculiares con las que se encuentra, como el nivel de vida, los hábitos de consumo, la capacidad de trabajo de los madrileños, los atascos de circulación, la facilidad para encontrar empleo, los impuestos, el número de calles peatonales disponibles, etc.

Si esa persona muere en el año 2050, ¿qué Madrid deja a la siguiente generación? Una ciudad tal vez cargada con la crispación, los voraces impuestos, las dificultades de tráfico, la imposibilidad de encontrar empleo, etc. Esto en lo que se refiere a las cosas materiales. Pero si nos vamos a otro ámbito más importante, el de los valores, ¿qué valores encontró esa persona en el año 1970, en que nació, y que valores deja en la ciudad de Madrid, el año 2050, en que muere?

Lo normal sería que cada generación conservara —y si es posible acreciera— los valores que recibe de la generación anterior, además de introducir nuevos valores de los que antes no se disponía, a fin de facilitar el progreso de la generación siguiente. En esto consiste la equidad intergeneracional. La equidad generacional hace referencia al hecho de que las futuras generaciones tienen derecho a una herencia adecuada, que les permita un nivel de vida no inferior al de la generación actual.

Donati, por su parte, es muy elocuente en este punto cuando demuestra la injusticia en que se está incurriendo en la transmisión del

legado axiológico, de una generación a otra. El autor concluye sosteniendo lo que sigue: "en casi todos los países europeos, las nuevas generaciones están siendo objeto de una distorsionadora manipulación por parte de las generaciones anteriores (los adultos y los ancianos). La causa de este hecho reside en parte en que la sociedad contemporánea hace cada vez más difícil la función de la familia de autoconstruirse en el lugar más apropiado para la mediación entre generaciones."¹⁸

Cuando una generación pierde por el camino el patrimonio de los valores que le dejó la generación anterior —además de los que haya podido encontrar a lo largo de su vida—, ha llevado a la ruina a la siguiente generación. Si lo vemos desde el punto de vista patrimonial, una persona que hereda 100 de sus padres y cuando ese patrimonio llega a sus hijos sólo queda 5, ha perdido 95. Lo lógico sería que si heredó 100 cuando se muera tenga al menos 130 —aunque solo sea por los intereses—, que transmitirá a la siguiente generación, a fin de ayudarle a crecer.

En esto de la equidad entre generaciones estamos todos implicados. La generación que extravía el patrimonio ha actuado como una generación despilfarradora. Ahora bien, es probable que la siguiente generación, que está arruinada, haya consentido o exigido ese despilfarro, por lo que podría calificársele también de "consentidora". Por consiguiente, algo hemos hecho mal: no hemos conservado los valores morales que nos encontramos y tampoco los hemos acrecido. Es probable que hayamos innovado algunos, lo que en cierto modo atenuaría la gravedad de este juicio. En cualquier caso, la anterior generación va a dejar a la generación siguiente un mundo más complejo en el que será más difícil sobrevivir, una sociedad mucho más confusa y caótica y,

¹⁸ Pierpaolo Donati. "La "equidad generacional": un problema educativo y de política social". *Revista Española de Pedagogía*, 1993, LI, 196, 463-502.

desde el punto de vista axiológico, más empobrecida que la sociedad que recibió de sus ancestros (patrimonio y legado axiológico).

Pero la siguiente generación, tan injustamente tratada, tampoco es del todo inocente. Más bien ha de probar su inocencia. De una parte, porque en tanto que "consentidora" no se rebeló contra el despilfarro de sus ancestros. La nueva generación sabía de donde venían sus males – sin duda por nuestra culpa–, pero no hizo nada para ponerles remedio. La nueva generación ha consentido, colaborado y cooperado en que la generación de sus ancestros hayan extraviado esos valores. La nueva generación forma parte también del sistema y, por tanto, ha consentido que todo esto sucediera. Podría haberse rebelado, pero no lo hizo.

De otra, porque la nueva generación tal vez no ha tomado conciencia de lo que va a dejar a la generación que le siga. Algo que debiera descubrir a fin de evitar, todavía más, el empobrecimiento moral de sus propios hijos. Esto significa que ha de ponerse a trabajar ya, *hodie et nunc*, en el crecimiento irrestricto que más le importa: el crecimiento moral.

¿Por qué no pensamos más en el futuro? El niño que nazca, por ejemplo, en el año 2040, ¿qué se va a encontrar? ¿Se piensa hoy en él? ¿Condicionan esos pensamientos la actuación y la vida personal de cada uno de los jóvenes actuales? Ese niño será el nieto de los que hoy tienen más edad, y los hijos de la generación arruinada que percibe la inflación axiológica. Si perciben que los valores morales están a la baja, ¿qué están haciendo para sostenerlos y acrecerlos? ¿Piensan acaso en la sociedad que van a dejar a sus hijos? ¿Están pensando en la siguiente generación?

Desde una perspectiva demográfica –y esta cuestión es de una extrema urgencia– es posible que la siguiente generación no llegue a la existencia y, sencillamente, no exista como tal generación. ¿Quién sostendrá, entonces, las pensiones de los que ahora son jóvenes? ¿Quién les ayudará a morir?

¿Cómo se resuelve este grave problema? Si los jóvenes actuales no crecen, sus hijos encontrarán un mundo moralmente más empobrecido. De aquí la necesidad de robustecer su interés y esfuerzo en crecer, en que cada persona de esa generación crezca. De ello depende el progreso de las personas y de la entera sociedad. Sólo así se podrá ayuda a crecer a las personas de la generación siguiente.

Lo que necesita la actual sociedad son personas con valores, que se comprometan en hacerlos crecer de acuerdo con sus posibilidades. Esta es la semilla que hay que enterrar y cultivar para la generación siguiente. Esto es lo que podemos y debemos hacer. ¿Queremos hacerlo? ¿Disponemos de la necesaria voluntad para acometer la justa solución a este grave problema?

“Toda persona tiene la responsabilidad de transmitir más de lo que ha recibido y la obligación de reclamar aquello que atesoraron las generaciones anteriores. Es justo cuestionarnos qué nos han dejado nuestros padres y qué les vamos a transmitir a nuestros hijos. Es nuestro deber preocuparnos por aquellos aspectos en los que tenemos que crecer para poder legar valores que sirvan al desarrollo de las generaciones futuras”.¹⁹

5. DONACIÓN, AUTORREALIZACIÓN Y HETERORREALIZACIÓN

El crecimiento irrestricto no es una utopía, pero sí muy exigente, Hay que ponerse a trabajar en ello para no quedarse atascado en el

¹⁹ Rocío Pérez Poole, Almudena Carande López y Mariana Gutiérrez Benavides. “Familia y equidad intergeneracional” (trabajo dirigido por el Dr. Aquilino Polaino Lorente). *Comunicación al XII Congreso de Católicos y Vida Pública*. Universidad CEU-San Pablo. Madrid, Noviembre de 2010. (En prensa).

camino. La salida a muchos de los actuales problemas es el crecimiento personal: seguir creciendo para que los demás crezcan.

En razón de la coexistencia, a la que ya se aludió, todo lo que una persona pueda crecer debe hacerlo, si en verdad quiere ser justo con sus contemporáneos y la generación siguiente. Si la persona no crece, si no logra ponerse en valor y obtener el mayor valor añadido para sí misma —que eso es crecimiento irrestricto—, no dispondrá de ningún valor sobrante ni excedente para donarlo a los demás. Así no podrá aportar nada ni poner en valor a los demás y, en consecuencia, les estará hurtando —por omisión— la posibilidad de ser personas valiosas.

La finalidad del crecimiento irrestricto no es la de mirarse al espejo y decir “que valioso soy”. El crecimiento irrestricto sirve para acometer y cargar con todo el valor que su propia persona pueda sostener en sí misma, para después potenciar, ayudar y poner en valor a las personas que, por ser más jóvenes y tener menos experiencia, más necesitan de ello. Tal acción no debiera auto-comprenderse en clave victimista, sino con la pujanza y audacia de quienes saben que eso es precisamente lo que nos hace felices.

El sentido del crecimiento irrestricto no es otro que la donación incondicionada. De lo que se trata es de robustecer la voluntad irrestricta de donación general. Una persona se realiza a sí misma en la medida que con sus valores y dones —siguiendo “la lógica del don”²⁰— contribuye a la realización de los demás.

Pero los otros no se realizan mejor si los valores se les imponen y/o les aplastan. Es preciso que sean libres para acogerlos; más aún, que muestren una decidida determinación a hacerlos suyos. Por eso la reformulación del paradigma contiano, que habría que proponer, sería la siguiente: “conocer para saber, saber para predecir, predecir para

²⁰ Benedicto XVI. *Caritas in Veritate*. Roma, 2009.

poder, y *poder para servir más y mejor* a quienes me rodean y a las futuras generaciones.”

El sentido del poder es potenciar los valores de las demás personas que libremente los acepten. Los valores se potencian cuando la persona los ha encarnado en su propia vida, que al fin es lo que hace a la persona poderosa. La persona es un ser grande e inabarcable. En su interioridad bullen miles de proyectos geniales, todavía no formulados y peor conocidos. De la realización o no de estos proyectos depende el que, en el futuro, la persona sea quien es. Vivir no es una permanente entrega a la circunstancia. No es justo que la persona se deje llevar, arrastrada sólo por las circunstancias. La vida de cada persona está amasada con propuestas, propósitos y fines, que son irrepetibles y casi siempre muy valiosos. Dejarse llevar por la comodidad o el placer de un momento no es el mejor modo de vivir. La felicidad humana no es compatible con esos contenidos, sino que aspira a otros más elevados que no deberían quedar frustrados o ignorados.

Las personas que quieren ser felices han de plantear exigencias más altas y valiosas a la condición humana. La persona puede más de lo que ella misma piensa. El miedo al sufrimiento, al esfuerzo y a la renuncia puede ofuscar, en ocasiones, la inteligencia. Cuando se reflexiona acerca de cómo nos va la vida, se advierte enseguida que la comodidad y el confort probablemente estén condicionando el vago malestar y el desencanto que experimentamos. También se sufre a causa del confort; incluso se puede morir de excesivo confort. La vida humana no es algo banal y superficial que puede realizarse de espaldas a la libertad personal. La grandeza de un ser humano no debiera sepultarse en la ruindad de la trivialidad.

Cada persona es como es. No se trata de ser otro. Esto, además, es imposible. De lo que se trata es de conocer mejor ese “cómo uno es”, y ver qué puede hacer a partir de lo que es. Cuanto más se da más se

gana. Quien da, siempre podrá dar más. La donación no empobrece sino que enriquece. Quien da renuncia a lo dado y puede parecer que se empobrece, pero el acto de dar le hace ganar en generosidad. Lo que "gana" cuando da es el ser generoso. Este valor añadido le enriquece y le prepara para futuras donaciones. No obstante, hay que dar lo que se puede y despreocuparse de lo que no se puede. A quien hace todo lo que puede, no se le puede pedir más.

No hay que compararse con los demás. Cada uno es cada uno y tiene sus cadaunadas. Si una persona está orgullosa de ser distinta e irrepetible, ¿por qué sentir el fraudulento malestar de la envidia que sigue a la comparación con los demás? ¿Es que acaso esa persona estaría contenta si hiciera de ella la persona que no es? El crecimiento irrestricto sigue al ser, al que siempre acompaña. Si el ser humano está abierto sin restricciones a conocer y querer, la educación ha de caracterizarse también por esta apertura hacia el crecimiento irrestricto.

En el hondón del corazón humano permanece siempre un eco lejano de dignidad, aunque tal vez supuestamente olvidado. Basta con que se le permita salir de sí y expresarse, para que se transforma en una voz clamorosa, animante, vigorosa y verdadera que persuade a la persona a ser quien es.

Me gustaría poner fin a esta breve intervención con unas palabras de ánimo, especialmente dirigidas a las personas más jóvenes. Son palabras que aconsejaría a los destinatarios se dijese a sí mismos — como gritos en la intimidad— en tiempos de bonanza y en tiempos de perplejidad: "Recomienza, deja el pasado, crece, ocúpate del futuro, trata de rehacerte, aprende de tu experiencia y sirve con ella a los otros, procura comportarte de una forma más digna para así "merecer-te" la dignidad con que fuiste tratado, ábrete a la verdad del encuentro con los otros, haz uso de tu libertad ya restaurada, no te dejes esclavizar por lo que fuiste o dejaste de ser, sé fuerte, tú puedes, inténtalo una

vez más, comienza, toma ya una decisión, prueba a hacerlo, persuáde-te de que todavía puedes ser quien eres, quien quieres ser, quien debes ser”.